

Las Islas Afortunadas de Pierre de Ronsard: utopía y república de poetas

Introducción, traducción parafrástica y notas a «Les Isles Fortunées», oda de *Les Amours* (1553)

Manuel GARCÍA CASTELLÓN
University of New Orleans

1. Mundo Nuevo; nueva inspiración.

Hacia 1524 Francia comienza a armar sus primeras expediciones transatlánticas. Su objetivo mercantil y colonizador debe hacer frente al celo de España y Portugal, naciones de superiores marinas. A pesar de ello, Francisco I de Francia dice con retadora sorna querer conocer «la cláusula del testamento de Adán que le excluye del reparto del Nuevo Mundo». Así, después de movida intriga diplomática, el monarca galo no tarda en conseguir del Papa una enmienda al Tratado de Tordesillas que le permita, no sólo a él, sino a otras coronas, tomar parte en la empresa americana.

Tras las primeras exploraciones francesas (vg. las de Verrazzano, quien acaba devorado por los Tupinamba; la de Cartier, en la que se renombra un poblado indígena como Montréal; la de Ribault, creador en la Florida una colonia hugonote que los españoles desbaratan; las de los Cabot, con mejor fortuna, etc.), los puertos de Normandía ven partir, en apogeo hacia 1525, no pocos navíos en busca de las ricas pieles árticas y el «pau brasil», materiales que excitan el afán de lucro de los comerciantes de Dieppe o Ruan.

Otros a excitarse, y no menos, son los poetas, quienes con discurso entre pastoril e idealizante verán en las nuevas tierras la materialización de los Campos Elíseos o Islas Afortunadas cantadas por Hesíodo, Píndaro u Homero. Los descubrimientos geográficos posibilitan a su vez re-descubrimientos literarios; así, se vuelve al tema clásico del oasis idílico donde habitan los héroes inmortales, situado por algunos antiguos cosmógrafos antiguos en las Islas Canarias. Estas, ex-aequo con

Islandia o Thule, habían sido consideradas «ultima pars» del universo mundo, cuando no puntas de una Atlantis sumergida. Entre las Canarias y América, una cosmografía aún balbuceante no veía gran distancia o diferencia. Todo eran nuevas islas del Rey; y para los aventureros y poetas, campo virginal para el ensueño y la utopía¹.

Al igual que ocurre con Cristóbal Colón, que piensa haber hallado el lugar del Paraíso terrenal, los poetas franceses del renacimiento viajan «hacia atrás», es decir, no hacia el término de la historia, sino hacia su origen en busca de una perdida «Edad de Oro». Ya en postrer Medioevo habían sido populares la *Geografía* de Ptolomeo con sus trazos fantásticos; la aventura de Marco Polo; los viajes de Lancelotto Malocello a las Canarias; la leyenda de la isla de San Borondón y su rey arzobispo, divulgada por Mandeville; los viajes a lo maravilloso en ciertas obras de María de France o de Cristián de Troyes, etc. Con posterioridad, se leerán con suma avidez las *Décadas de Orbe Novo* de Pedro Mártir de Anglería, o cuanto llega de España tocante a crónicas y relatos de navegantes.

Cuando por fin Francia también se inicia en la aventura mundonovista, las Canarias -antiguas Afortunadas- son ya territorio vedado tanto para la incursión como para la imaginación utópica y poética, pues han ido hispanizándose demográfica y políticamente a partir de la expedición de Jean de Bethencourt y Gadifer de La Salle (Estos, aunque precisamente franceses, habían actuado bajo la órbita castellana, como bien se sabe). Pero la imaginación poética, ahora azuzada por la inmensa promesa de América, no renuncia a la creencia en el paraíso terrestre. De esta manera, poetas como Agrippa d'Aubigné, Etienne Jodelle, Du Bellay, Jean Mallart, etc. comienzan a versar y versificar sobre el viaje fantástico a tierras de regeneración humana. Baif escribe elogios a Walter Raleigh por su colonia virginiana, o a Thevet por su obra cosmográfica. Claude Bertrand-Bergier, en su *Voyage des Canadas*, propugna que la raza francesa -«abâtardie» a fuerza de guerras civiles e internacionales- inicie peregrinaje y asentamiento en tierra nueva para recobrar la perdida salud moral, «comme on voit la vigueur d'une plante engourdie \ Au changement de place, alaigre s'éveiller» (Cf. Le Moine, 60).

2. La oda «Les Isles Fortunées», en *Les Amours*.

Así pues, lo maravilloso ultramarino y lo ideal-mítico se funden en un solo plano en la imaginación poética. Tal es también el caso del gran Pierre de Ronsard (1524-1585), animador con sus amigos Jean Dorat y Joachim du Bellay de la llamada «Pléyade», escuela poética que domina la segunda mitad del siglo XVI francés. Ronsard abunda en el tema de la morada de los héroes inmortales, cuya más antigua referencia está en *Los trabajos y los días*, de Hesíodo (vv. 168-173). Asimismo, en *La Odisea*, Menelao sabe que por haber desposado a Helena, hija de Zeus, será llevado a los

¹ En el caso de Canarias se trata de islas vueltas a descubrir, ya que, conocidas en la antigüedad, pasan a ser tema de actualidad a partir de las expediciones genovesas del siglo XIII y las mallorquinas, portuguesas y castellanas de los siglos XIV y XV. Entre éstas son de especial importancia la que en 1341 organiza Enrique IV de Portugal, con marinos genoveses que dan a Boccaccio la primera descripción antropológica objetiva conocida (i.e., no utópica) de aquel archipiélago (Cf. «De Canaria», en el *Zibaldone* boccacciano contenido en la obra de S. Ciampi, v. bibliografía).

Campos Elíseos, lugar de beatitud donde no existe la muerte (vv. 168-173). En cuanto a Píndaro, su II Olímpica habla de la morada de Cronos, en las Islas de los Bienaventurados, oreadas por los suaves vientos del Océano y amenísimas de bosques y hontanares (vv. 61-75). Con estos, los poetas renacentistas neo-latinos también cultivarán el tema, y todos ellos son lectura de Ronsard.

Antes de que la doctrinas lingüísticas y críticas de Malherbe o Boileau redujeran los términos de la creatividad literaria francesa, Pierre de Ronsard es el poeta del ímpetu lírico y de la fantasía. Su gran aspiración es dar vida a la poesía, liberarla de ciertas convenciones retóricas que entonces la sustraían al sentimiento y, en definitiva, poner de nuevo al poeta en contacto con las Musas. De esta manera, poeta y poesía podrían recobrar la dignidad de los tiempos clásicos. Con este espíritu, Ronsard publica en 1552 *Les Amours*, libro de sonetos dedicado a la bella florentina Cassandra Salviati. El éxito del libro fue tal que un año más tarde se lanza una nueva edición, esta vez con comentarios de Marc Antoine de Muret, humanista limosín que había puesto música a algunos de los sonetos de Ronsard. En ésta edición de 1553, Ronsard incluye algunas Odas hasta entonces inéditas; una de ellas, «Les Isles Fortunées», la dedica al dicho Muret.

A Ronsard, por su verdadero espíritu de modernidad, le embarga la trascendencia del hecho descubridor. En su poema al Sieur de Neufville se complace de ver en su privilegiado siglo «le navire espagnol \ découvrir l'Amérique», donde hombres de «cœurs à la peine constans» han visto «autre Neptune inconnu de nos voiles» (Le Moine: 65). No sería la primera vez, ni la última, que el poeta trataría el tema de las Islas Afortunadas. Por ejemplo, en una anterior oda a Casandra, él expresa su deseo de morir besándola a la sombra de un laurel, en «les champs ordonnés \ aux amants fortunés» (I, 248). En su «Elegie à Lois des Masures» (1560), Ronsard dice que, aunque la muerte establece la misma igualdad para el rey y el campesino, el poeta tendrá un lugar demiúrgico en las islas Afortunadas, «entre Homère et Vergile, ainsy qu'un demy dieu» (X, 369). Y en una canción de sublime erotismo, al final del libro de los *Sonets pour Helène* (1578), el tema alcanza quizá su más bella expresión, cuando en el excelso lugar ruega con acento clásico a la amada: «Plus étroit que la vigne à l'ormeau se marie \ De bras souplement forts, \ Du lien de tes mains, Maîtresse, je te prie \ Enlasse-moi le corps» (XVII, 235.1).

Sin embargo, en un libro que se titula nada menos que *Les Amours*, su oda «Les Isles Fortunées» se caracteriza por la ausencia de erotismo, a no ser cuando el poeta refiere que, en el feliz estado de aquellos parajes, situados en las tierras nuevamente descubiertas, no hay lugar para el fiero desdén de las respectivas amadas de los poetas; antes bien, en un paraíso concebido para la absoluta felicidad del poeta, su «maîtresse» sabrá siempre mostrar dulzura y complacencia. Al parecer, al salir esta segunda edición de *Les Amours* el autor ha sido víctima de nuevos desaires por parte de la esquila «Cassandra». Por tanto, el tema central de esta oda marítima consiste sólo en una invitación al dicho Muret para abandonar juntos Europa, ya que ésta, lejos de honrar a sus pacíficos sabios, más bien se engolfa en guerras, iniquidades y supersticiones. Entonces, Ronsard imagina un navío que, capitaneado por Muret y secundado por él mismo, arrebatara hacia el feliz destino de las Afortunadas a toda su *confrérie* de poetas y humanistas. En las nuevas tierras, la utópica comuna podrá desarrollar libremente sus

dones artísticos y espirituales. El mismo Muret tendrá como cometido enseñar la antigua poesía de Grecia y Roma.

Para Ronsard, la aventura de las Islas Afortunadas es más bien cosa de hombres. Por aquello de *mens sana in corpore sano*, los poetas, en su última morada, tendrán tiempo de dedicarse a viriles ejercicios de gimnasia, jabalina o caza. Otros se hallarán en la tarea no menos masculina de fundar ciudades, es decir, dominar, continuar y dar nombre a la creación. Se colige que el poeta, óptimo reflejo de la cultura de la época, concibe la empresa americana como tarea heroica y caballeresca, i. e. estrictamente masculina. Así, masculinos aparecen tanto el intelecto como la fuerza que busca nuevos mundos. Con ello se repite el patrón clásico de la nave de Ulises o la de los argonautas, donde lo femenino sólo se muestra como una ausencia o como naturaleza quimérica. Ya en su «Bergerie à la Royné d'Écosse», Ronsard asocia la cualidad viril a la búsqueda de la sabiduría al decir que para la singladura americana se requieren «d'hommes mâles esprits, qui dedaignant la masse \ de la terre brutale, ont poussé jusqu'aux cieux \ non seulement le cœur, mais le soin et les yeux \ aux astres attachés par la Philosophie». (Cf. Le Moine, 60).

En conjunto, la oda de Ronsard «Les Isles Fortunées» apela a sentimientos sinceros, conectados a la circunstancia del poeta. Es decir, no sólo se vierte en el poema una pesimista reflexión sobre Europa, que el poeta llega a ver como irrecuperable a fuerza de guerras intestinas y desunida frente a la amenaza turca (la «Sublime Puerta»), sino que emana también un juvenil espíritu de aventura y fraternidad heroicas, según tradiciones clásicas y caballerescas de valores masculinos. El poema es, ante todo, un despechado alegato a los príncipes (metaforizados en «Europa»); pero es también un canto de esperanza y reconocimiento a una élite que aquella sociedad no merece; por tanto, el convivio de creadores y humanistas debe transportarse a tierra nueva para que realizarse en plenitud intelectual, espiritual, física. Por otra parte, la platónica oda es indirectamente una recusa al mismo Platón, quien había proyectado excluir a los poetas en su *República*; antes bien, la metáfora continuada de «Les Isles Fortunées» parece decir que no habrá república más perfecta y placentera que aquella cuyos miembros son todos poetas y «gens d'esprit». En tal microcosmos, el aristócrata (en la pristina acepción óptica del término) será la norma, no la excepción; más bien no habrá lugar allí para el vulgar, el ignorante o el mezquino. Finalmente, por verlo en términos mesiánicos, el poeta de esta Oda de Ronsard es también como un Cristo al que los suyos -su sociedad- no ha querido recibir. Se le impone, pues, morir para dicha sociedad, iniciando un exilio que puede darse en lo temporal -la factualidad de las Islas Afortunadas, la Terre Neuve- pero que apunta a etéreas regiones, a edad áurea reencontrada.

A continuación, ofrecemos una traducción métrico-parafrástica castellana y anotada de algunos fragmentos de «Las islas Afortunadas», de Pierre de Ronsard. Hemos evitado el pareado original, pues no sólo le confiere cierto desabrimiento al tono general del original francés, sino que además no se avendría con nuestra idea de la eufonía rimal en castellano. En compensación, es de notar la gran variedad de referencias clásicas, así como la riqueza en léxico, imágenes y efectos fonosimbólicos de que dispone Ronsard. El principal recurso técnico es una dilatada anáfora de consecutivas, que desembocan en apóstrofe a Muret para que éste capitaneé el éxodo. Acto seguido se describen la enardecida voluntad de partir mostrada por los poetas-

argonautas en el puerto, así como una serie de pronósticos de utopía. La oda acaba con un epifonema de despecho a Europa, merecedora del olvido, y un nuevo y breve homenaje de primacía a Muret.

LAS ISLAS AFORTUNADAS

Pues que la hueste de Enio² pavorosa
Europa trastornó con guerra interna
y el fiero Marte la cristiana sangre
derrama por doquier . . .
y pues que ya los sabios
por muchos dones que del cielo hayan,
desprestigiados, sin favor ni amparo,
llevan precaria vida y azarosa;
y dado que el honor y la vergüenza,
la amistad, la piedad y el bien, vencidos
por la malicia han sido . . .
y ya que vemos traspasar el aire
veloces balas en volar tupido
y en tierra el arrastrarse de las máquinas,
y pues que oímos ulular a Hecate
toda la noche, y las encrucijadas
llenarse de ladridos, y los gritos
lacerantes salir del cementerio;³
y pues que tantas ánimas en pena
nos amedrentan, y que tantos pájaros
divinamente imitan el discurso
de los males de Europa levantisca
a manos del Gran Turco que la acosa,⁴
vayámonos, Muret, hacia otra parte
de tierra y cielo nuevos, y a los horribidos
leones y panteras entreguemos,
oh Muret, estas tierras miserables;
vayámonos a pie o en diestra nao.

² Enio o Enión, deidad griega, es la Belona de los latinos, diosa de la guerra en su acepción funesta.

³ Hecate es la Luna, deidad que preside los aquelarres o juntas de hechiceros, verdadera plaga entonces en una Europa que, a pesar de las luces renacentistas, no acaba de liberarse de la irracionalidad.

⁴ Turquía, la «Sublime Puerta», es la gran potencia enemiga de la cristiandad, siempre atenta a vengar en Europa la humillación sufrida por el Islam en España. Cuando Ronsard escribe, el poder mediterráneo de Solimán I el Magnífico alcanza hasta Túnez y angustia a Malta. Por el Este, el sultán posee a Dalmacia y Hungría, siempre amenazando a la misma Viena.

. . .
Di, ¿qué te encanta, qué pereza te ata?
Mira cuántos, con júbilo en la orilla
esperan abordar nuestra goleta:
con vehemente gesto, curvan cuerpos,
tienden el brazo, la cabeza agitan
y nos dicen «¡Llebadnos con vosotros!»
Veo a Baïf, a Denizot, a Mesme
a Du Parc, Du Bellay, Tahureau, Dorat,
todos marchando en pos del buen Jodelle.⁵

. . .
Hélos a bordo ya, levando el ancla.
Plantados en la popa, con un grito
marinero se animan mutuamente
a dejar esta tierra y dirigirse
a los lugares de solaz eterno.
¡Dulce abrazar a tan querida tropa!
Y pues que el viento comba ya las velas,
con brazo vigoroso hundamos remos
proa al puerto feliz del paraíso,
Islas Afortunadas, que el Océano,
lejos de Europa y sus inicuas guerras,
con olas nos reserva y amuralla.
Sin penas ni trabajos viviremos
allá donde es perenne la alegría
y bajo cielos que nos son propicios
no habremos de agobiar a nuestra abuela⁶
con el agudo arado, pues que pródiga
hará que Ceres espontáneamente
se vista alegre de erizados trigos.
Allá, silvestre la nodriza planta
del buen Dionisos, sarmentosa y lenta
pone negros racimos sobre el olmo⁷,
y sin mentir, los árboles se doran
con tantos frutos como hubieron flores,
mientras la miel, don del cielo munífico,

⁵ Todos ellos son poetas afectos a Ronsard o a Muret: Antoine de Baïf, editor de Ronsard; Denis Sauvage, Señor du Parc, historiógrafo de Enrique II; Nicolas Denizot, promotor de una colectiva elegía fúnebre a Margarita de Valois; Jean Pierre de Mesme, traductor del *Amadis de Gault* al francés; Joachim Du Bellay, Jean Dorat y Etienne Jodelle, miembros de la Pléyade.

⁶ Ovidio llama a la Tierra «abuela» en *Met. I*, 393.

⁷ Metáfora del amor según Virgilio en *Georg. I*, 3. Por otra parte, la vid es planta nutricia del niño Baco o Dionisos.

de la oquedad del fresno siempre mana.
La leche ondeará toda en arroyos
de ribazos de hierba siempre verde,
nunca segada y siempre floribunda.
Jamás los cierzos helarán el monte
y de las altas rocas, los torrentes
cantando saltarán, buscando el llano.

. . .
Jamás allá los cielos amenazan
de lluvia roja o de granizo fiero,

. . .
ni al pueblo solazado y felicísimo
disturbios le deparan ni Senado
arbitrario, ni príncipe inhumano.
Jamás allá un mugir de caracola
a la guerra convoca, ni feroces
cohortes espantosamente armadas
cráneos revientan al hendir morriones.
La palidez febril, la triste hambruna,
el mal napolitano⁸, el melancólico
y enfermo corazón, los sinsabores

. . .
allá nunca suceden . . .
Y allá, Muret, tu bella Margarita⁹
no te despreciará

. . .
y mi cruel Casandra¹⁰
dulce por fin se entregará a mi abrazo.
Si alguien allí sintiese aquel deseo
raro de ser poeta o estrellero,
o tratase de echar buenaventuras
sin esfera ni globo, sin la venia
de Apolo o de las Musas, sin auxilio
de Cicerón, verá súbitamente
descender sobre sí los altos dones
del buen decir y la filosofía
. . .
donde no falta fe, y se reconoce

⁸ La sífilis, que se creía originada entre las tropas españolas destacadas en Nápoles, por lo que también se la llamaba «lues hispánica».

⁹ Así llama Marc Antoine de Muret a su amada en su obra *Juvenilia*.

¹⁰ Se refiere a Cassandra Salviati, dama napolitana (esposa de un cierto Señor du Prey). Ronsard le dedica sentidos sonetos platónicos.

un sólo Cristo con su sola Ley¹¹.
Y tú, con blanca toga venerable
coronado de lauros o de olivo

. . .

Muret divino, nos leerás a Ovidio,
a Tibulo, a Propercio, a Galo, a Cátulo.
El verso alado del arpista lesbio
sabrás unir a los teanos sistros¹²,

. . .

Al escuchar tus cantos, todo el bosque
maravillado abajará sus copas
y Filomela, oculta en algún árbol
olvidará el pecado de Tereo.
En la pradera, el sorprendido arroyo
por imitarte acrecerá sus aguas.
El cornúpeta Pan, horror de Dríadas,
y los Silvanos que persiguen Náyades,
aprenderán de tu cantar los tonos
y los repetirán a monte y bosque

. . .

Ungidos todos, unos en la arena
desnudos lucharán, o a la pelota
en partido amistoso sobre el prado
verás jugar, o bien con suave esgrima
se tocarán. Se batirán las marcas;
una mano viril con brusco tiro
el disco lanzará o la jabalina;
el sagitario, como un viento súbito
abatirá los íbices y gamos;
algunos, en caballos españoles,
serán nubes de polvo en la llanura
acosando a la liebre, o por el bosque
al ciervo con la red y los lebreles.

. . .

Otros en fin, de temple más sereno,
en las llanuras, sobre las riberas,
cabe los puertos, fundarán ciudades
a las cuales darán sus propios nombres.

¹¹ Alusión a las guerras de religión y velada propuesta a un culto universal de Cristo por encima de facciones religiosas.

¹² Se refiere a Alceo de Lesbos, inventor de la estrofa llamada alcaica. Por su parte, el sistro teano (metáfora del verso anacróntico) era instrumento utilizado en los cultos de Isis.

Entiéndelo, Muret: Manes¹³ divinos,
ajenos a combates, a motines,
a rencores, a miedos y a zozobras,
a tí, Muret, convocan a sus términos,
mundo feliz, jardín sobre los mares,
confín divino, Afortunadas Islas
que Zeus reservó para los suyos
en esta edad . . .
que cubre Europa con humana sangre¹⁴.
¡Oh triste, oh de los dioses olvidada
Europa, que también yo olvidar quiero.
Acepta pues, Muret, ser el piloto,
y yo seré el primero en izar velas
con rumbo a la belleza y a la dicha.

BIBLIOGRAFIA:

- Hesíodo. *Hesiodos Erga*. Ed. crítica de Ulrich von Wilamowitz Moellendorff. Berlin: Weidmannsche Verlagsbuchhandlung, 1962.
- Homero. *Die Odyssee*. Ed. crítica de Georg Siefert. Leipzig: B.G. Teubner, 1914.
- Le Moine, Roger. *L'Amérique et les poètes français de la Renaissance*. Antología de textos. Ottawa: Editions de l'Université d'Ottawa, 1972.
- Píndaro. *The Olympian and Pythian odes*. Ed. crítica de Basil L. Gildersleeve. New York: American Book Co., 1885.
- Ronsard, Pierre de. *Œuvres complètes*. Ed. crítica con introducción y comentario por Paul Laumonier. París: Droz, 1925-1975 (20 vols.).

¹³ Divinidades de la tierra, junto con los Lares y Penates.

¹⁴ Cuando Ronsard escribe. Enrique II y el Imperio están enzarzados en guerra que parece interminable; los Tudor de Inglaterra se batan con los Estuardo de Escocia; Alemania bulle de guerras civiles desde la batalla de Smalkalda y los Turcos siguen anexándose territorios europeos.